

ndrsys 01

Seminario Multidisciplinario José Martí González  
Escuela de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

LA SEÑORITA JULIA

de August Strindberg

PERSONAJES

JEAN

JULIA

CRISTINA

1081483

Seminario Multidisciplinario José Martí González  
Escuela de Estudios Interdisciplinarios  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

27/04/06 JCS



LA SEÑORITA JULIA

De August Strindberg

Una amplia cocina con techo de vigas decoradas y las paredes laterales ocultas entre telas. La pared del fondo avanza, sesgada, hacia el centro de la escena. A la izquierda, también, dos alacenas adornadas con papel de cocina, y en ellas, baterías de estaño, hierro y cobre. A la derecha, en primer término, se ve parte de una gran puerta vidriera, en arco, por donde se divisa una fuente, con surtidor y un amercillo, entre el ramaje de saúcos en flor y algunos chopos. Puertas a derecha e izquierda. Por la izquierda se distingue la esquina de un fogón de ladrillos con parte de la campana. A la derecha, una mesa de madera blanca para el servicio y algunas sillas. Sobre la mesa, una gran jarra japonesa, con ramos de saúco. También el fogón está adornado con ramas de abedul. En el suelo, esparcidas, ramas de enebro. Un cajón grande para el hielo. Un lavabo. Un fregadero. Sobre la puerta, un grande y antiguo reloj de péndulo. Una bocina de comunicación interior. Cristina, a la izquierda del hogar, remueve una tartera puesta al fuego. Lleva vestido claro y delantal de cocina. Por la puerta de cristales entra Juan, de librea. Trae en la mano unas botas de montar, con espuelas, y las deja en el suelo, bien a la vista del público.

JEAN        La Srta. Julia está loca esta noche otra vez. ¡Loca!

CRISTINA    ¿Ya llegaste?

JEAN        Fui a llevar al conde a la estación y cuando volví entré en la barraca. Allí estaba en medio del baile la Srta. Julia bailando con el que cuida los animales. En cuanto me vio vino corriendo y me pidió que bailara con ella el baile de las damas. ¡Qué manera de bailar! Está loca.

CRISTINA    Siempre lo estuvo. Esta peor desde que rompió el compromiso.

JEAN        ¿Qué cosa, verdad? No era rico pero era noble. Son muy caprichosos. (SE SIENTA A LA MESA.) Está extraño que una muchacha joven prefiera quedarse en su casa con los criados en vez de ir a ver a su familia con su papá.

CRISTINA    Parece que no quiere ver a nadie desde lo que pasó con su novio.

JEAN        A lo mejor. Pero él supo comportarse, ¿sabes? Yo lo ví, aunque no se lo dije a nadie.

CRISTINA    ¿Tú lo viste?

JEAN        Sí, yo lo ví. Estaban en los establos y la Srta. Julia, según ella, lo "amaestraba". Lo hacía brincar por encima de un fueite como si fuera un perro. El brincó dos veces y cada vez que lo hacía la señorita lo premiaba con un latigazo. A la tercera vez el joven le arrebató el fueite de las manos, lo destrozó y se marchó. Y no lo hemos visto más.

CRISTINA    ¿Así fue que pasó? No digas mentiras.



- JEAN Sí, así pasó. Y ahora, Cristina, ¿con qué me vas a hechizar esta noche?
- CRISTINA (SIRVE DEL SARTEN Y PONE UN PLATO EN LA MESA) Con un pedacito de riñón del asado de ternera.
- JEAN (HUELE LA COMIDA.) ¡Sabroso! Cel-ci est mond grand delice. (TOCA EL PLATO.) Aunque debiste de haberme calentado el plato.
- CRISTINA No empieces. A veces eres más quisquilloso que el mismo conde. (LE HALA EL PELO AFECTUOSAMENTE.)
- JEAN No me hales el pelo. Tú sabes lo sensitivo que soy.
- CRISTINA Ay, por Dios, si es una caricia.
- (JEAN COME. CRISTINA Trae UNA BOTELLA DE CERVEZA.)
- ~~CRISTINA~~ *Jean* No, gracias. Yo no tomo cerveza en la víspera de San Juan. Mira. Etiqueta amarilla. Tráeme un vaso. ¡No! Una copa mejor. Este vino se tiene que tomar en copa.
- CRISTINA (VA AL FOGON Y COLOCA UNA CACEROLA PEQUEÑA.) Dios ampare a la que te tenga por marido. Estás malcriado.
- JEAN No te hagas. Por dichosa te darías de conseguir un caballero como yo. Y no te ha perjudicado el que la gente diga que hay algo entre nosotros. (PRUEBA EL VINO.) Bueno. Muy bueno. La falta temperatura. (LO CALIENTA CON LAS MANOS.) Lo compramos en Dijon: cuatro francos el litro, sin envasar, más el impuesto. ¿Qué estas cocinando? Huele mal.
- CRISTINA Una porquería que la señorita Julia quiere darle a comer a Diana.
- JEAN Por favor, Cristina, no hables así. ¿Por qué hay que cocinar para la perra en noche de fiesta? ¿Está enferma?
- CRISTINA Está enferma, sí. Se escapó con el perro del cuidador y se enfermó. Y la Srta. Julia no puede permitir eso.
- JEAN La Srta. Julia es muy orgullosa para algunas cosas y para otras no, igual que la condesa cuando en vida. Se encontraba a gusto en la cocina y en los establos, pero nunca quería salir con un solo caballo tirando del carruaje. Llevaba los puños de los vestidos sucios, pero nos exigía que los botones tuvieran la corona del conde. La señorita no cuida mucho de su persona. No es una joven distinguida. Hace un rato, cuando bailaba en el barracón, le quitó el cuidador a Ana y lo hizo bailar con ella. Nosotros nunca hubiéramos hecho eso. Cuando los nobles quieren volverse ordinarios siempre resultan vulgares. ¡Pero cómo mujer! ¡Que hombros! ¡Que pecho! ¡Y lo demás!
- CRISTINA No exageres, que yo se bien lo que dice Clara, que la ayuda a vestirse.
- JEAN ¡Clara! Ustedes le tienen envidia. Yo he salido a montar a caballo con ella... ¡Y cómo baila!



- CRISTINA Está bien. ¿Vas a bailar conmigo cuando termine aquí?
- JEAN Por supuesto.
- CRISTINA ¿Me lo juras?
- JEAN ¿Te lo juro? Te lo dije y lo haré. Gracias por la comida. (TAPA LA BOTELLA.)
- JULIA (EN LA PUERTA, HABLANDO CON LOS DE AFUERA.) Vuelvo enseguida. No me esperen.
- (JEAN ESCONDE LA BOTELLA Y SE LEVANTA RESPETUOSAMENTE. JULIA SE DIRIGE AL FOGON Y PREGUNTA A CRISTINA.)
- JULIA ¿Ya está?
- (CRISTINA LE INDICA CON UN GESTO QUE JUAN SE ENCUENTRA ALLI.)
- JEAN (CON GENTILEZA.) ¿Las señoras tienen sus secretos?
- JULIA (DANDOLE CON EL PAÑUELO EN LA CARA.) No seas curioso.
- JEAN ¡Ah! Perfume de violetas.
- JULIA (COQUETA.) Atrevido. ¿Sabes de perfumes también? Bailar sí sabes. Vete, y no mires.
- JEAN (CON ATREVIMIENTO, PERO RESPETUOSAMENTE.) ¿Se trata quizás de algún hechizo que las señoras preparan en la noche de San Juan? ¿Algo con que conocer el futuro, y leer en las estrellas el nombre de aquel que el destino les ampara?
- JULIA (CON DUREZA.) Necesitarías buenos ojos para leer ese nombre. (A CRISTINA.) Ponlo en una botella y tápalo. (A JUAN.) Ven y baila esta pieza conmigo. (DEJA CAER EL PAÑUELO SOBRE LA MESA.)
- JEAN (TITUBEANDO.) No quisiera faltar, pero le había prometido este baile a Cristina.
- JULIA Ella puede bailar contigo después. ¿Verdad, Cristina? ¿Me prestas a Juan?
- CRISTINA Esa no es una decisión mía. Si la Srta. es tan amable él no puede negarse. Ve, Juan, y agradece el honor que la señorita te dispensa.
- JEAN Yo no quisiera que la señorita lo tomase a mal, pero francamente, no considero prudente que elija usted dos veces a un mismo criado como pareja de baile, sobretodo entre gentes tan dadas a habladurías.
- JULIA (INDIGNADA.) ¿Qué habladurías? ¿Que quieres decir?



JEAN (CORTESMENTE.) Si la señorita Julia no me entiende, hablaré más claro. Se ve mal que la señorita prefiera a uno de sus criados, habiendo tantos que esperan el mismo honor.

JULIA ¿Prefiera? ¿Que se imagina usted? Yo, la señora de la casa, honraré la fiesta de mis criados con mi presencia, y al decidirme a bailar lo haré con uno que sepa cómo hacerlo con una dama. No voy a hacer el ridículo...

JEAN Lo que la señorita disponga. Estoy a sus órdenes.

JULIA (CONDESCENDIENTE.) No lo tomes como una orden. Esta noche somos hombres y mujeres en una fiesta popular, en donde no hay rangos ni categorías. Dame tu brazo. No te inquietes, Cristina. No te lo voy a robar.

(JUAN LE DA EL BRAZO Y SALEN. CRISTINA QUEDA SOLA. EN LA LEJANIA SE OYE UNA 'ESCOCESA' EJECUTADA POR UNA ORQUESTA DE VIOLINES. CRISTINA TARAREA AL COMPAS DE LA MUSICA MIENTRAS RECOGE EL SERVICIO USADO POR JUAN; LAVA EL PLATO, LO SECA Y LO COLOCA EN LA ALACENA. LUEGO SE QUITA EL DELANTAL, SACA UN ESPEJO DEL CAJON DE LA MESA, ENCIENDE UNA VELA, CALIENTA EN LA LLAMA UNA HORQUILLA, CON LA QUE SE RIZA EL FLEQUILLO. LUEGO SE ACERCA A LA PUERTA DE CRISTALES Y MIRA HACIA AFUERA; VUELVE A LA MESA, VE EL PAÑUELO OLVIDADO POR JULIA, LO HUELE Y DESPUES, ABSTRAIDA, LO VA EXTENDIENDO ENTRE LAS MANOS Y LO DOBLA EN CUATRO DOBLECES.)

JEAN (ENTRANDO.) ¡Está loca de verdad! ¡Baila de esa manera!

(SE ESTAN BURLANDO DE ELLA DETRAS DE LAS PUERTAS.)

CRISTINA Está en sus días del mes y en esa condición siempre se pone rara. ¿Vas a bailar conmigo ahora?

JEAN ¿No estás molesta conmigo por haberte dejado?

CRISTINA No, cosas así no me molestan. Además, yo conozco mi lugar.

JEAN (RODEANDOLE EL TALLE CON EL BRAZO.) Tú tienes sentido común, Cristina.  
HARAS UNA BUENA ESPOSA.  
(JULIA ENTRA. DESAGRADABLEMENTE SORPRENDIDA, DICE CON AIRE FORJADO.)

JULIA ¡Vaya un caballero que deja a su pareja plantada!

JEAN Todo lo contrario, señorita Julia, me he apresurado a volver a la que dejé sola.

JULIA (CAMBIANDO EL TONO.) Sí que puedes bailar, ¿sabes? ¿Por qué tienes el uniforme puesto en la noche de San Juan? Quitatelo enseguida.

JEAN Entonces tendré que pedirle a la señorita que se retire unos segundos. Tengo mi traje negro aquí... (VA A LA DERECHA.)



- JULIA ¿Te incomoda mi presencia? ¿Por cambiarte de chaqueta? Ve a tu cuarto entonces. O quédate y yo me pongo de espaldas.
- JEAN Con su permiso, Srta. Julia. (VA HACIA LA DERECHA Y SE DISTINGUE A MEDIA MIENTRAS SE CAMBIA DE ROPA.)
- JULIA (A CRISTINA.) Jean se ve muy apegado a tí, Cristina. ¿Son novios ustedes?
- CRISTINA (CARA AL FOGON.) ¿Novios? Si le parece. Así le decimos nosotros.
- JULIA ¿Le dicen?
- CRISTINA Usted también tuvo novio, señorita...
- JULIA Nosotros eramos prometidos.
- CRISTINA Pero no llegó a nada, ¿no?
- (SE SIENTA Y VA ADORNARLOS POCO A POCO. ENTRA JEAN CON TRAJE Y SOMBREROS NEGROS.)
- JULIA "Tres gentil, monsieur Jean! Tres gentil!"
- JEAN "Vous-vouley plaisante, madame!"
- JULIA "Et vous vouley parles francais!" ¿Dónde lo aprendiste?
- JEAN En Suiza, cuando fui mozo de vinos en el mejor hotel de Lucerna.
- JEAN Llevar el traje con la misma soltura que un noble. ¡Magnífico!
- (SE SIENTA SOBRE LA MESA.)
- JEAN Me adula usted.
- JULIA (CON AIRE.) ¿Te adulo? ¿A ti?
- JEAN Mi modestia natural me impide creer que la señorita tenga frases de elogio para un hombre humilde como yo. Por eso me permite pensar que exagera, la palabra correcta es adular.
- JULIA ¿Dónde aprendiste a hablar así? ¿Has ido mucho al teatro?
- JEAN Sí. Y a muchos otros lugares.
- JULIA Pero nacieste aquí, ¿no?
- JEAN Mi padre era arrendatario del procurador del Rey en este mismo distrito. Yo solía ver a la señorita cuando era niña, aunque la señorita nunca se fijó en mí.



- JULIA ¿De veras?
- JEAN Sí. Me acuerdo de una vez sobretodo. Pero no debo hablar de ello ahora.
- JULIA ¡Cuéntame! ¿Por qué no? Compláceme.
- JEAN No podrá, señorita. En otra ocasión, quizás.
- JULIA En otra ocasión quiere decir nunca. ¿Qué peligro hay?
- JEAN Peligro ninguno. Pero preferiría que no. Fíjese usted. (SEÑALA A CRISTINA QUE SE HA DORMIDO.)
- JULIA Hará una esposa encantadora. ¿Ronca también?
- JEAN No, no ronca. Pero habla dormida.
- JULIA ¿Cómo lo sabes?
- JEAN (PAUSA. SE MIRAN FIJAMENTE.) Le he oído.
- JULIA ¿Por qué no te sientas?
- JEAN No puedo permitirmelo en su presencia.
- JULIA ¿Y si te lo ordeno?
- JEAN Entonces obedeceré.
- JULIA Siéntate. No, espera. ¿Me puedes dar algo de beber?
- JEAN No sé que habrá en el cajón. Cerveza a lo mejor.
- JULIA No la voy a despreciar. Tengo gustos sencillos. La prefiero al vino.
- JEAN (SACA UNA BOTELLA DEL CAJON DE HIELO Y LA DESCORCHA. TRAE UN VASO Y UN PLATO.) ¿Me permite?
- JULIA Gracias. Y tú, ¿no bebes?
- JEAN Pues...realmente, no soy aficionado a la cerveza, pero si la señorita manda...
- JULIA ¿Mandar? Usted debe saber que un caballero nunca permite que una dama tome sola.
- JEAN Es cierto. (DESCORCHA OTRA BOTELLA, SE SIRVE Y BEBE.)
- JULIA Brinde por mí. (JEAN TITUBEA.) ¿Tímido?
- JEAN (DECLARATIVO, ARRODILLANDOSE.) ¡A la salud de mi señora!



- JULIA ¡Muy bien! Ahora para terminar, béseme usted el pie. (JEAN VACILA UNOS INSTANTES, PERO BESA ATREVIDAMENTE EL PIE DE JULIA.)  
¿Debió usted dedicarse al teatro.
- JEAN Señorita Julia, no podemos seguir así. Alguien puede entrar y vernos.
- JULIA ¿Y qué?
- JEAN Que la gente hablaría. Y si la señorita supiera lo sueltas que estuvieron las lenguas hace poco...
- JULIA ¿Qué decían? Siéntate. Dímelo.
- JEAN (SENTANDOSE.) No quisiera hierirla, pero se expresaban de una manera... dando a entenderlo que... usted sabe. Usted no es una niña, y si la ven tomando con un hombre, especialmente su criado, solos, de noche... Entonces...
- JULIA Entonces, ¿qué? Además que no estamos solos. Cristina está aquí.
- JEAN Dormida.
- JULIA • LA VOY A DESPERTAR. (SE LEVANTA.) Cristina, ¿estás dormida?
- CRISTINA (ENTRE SUEÑOS.) ¡Voy, voy, voy!
- JULIA Cristina, ¡despierta!
- CRISTINA (BALBUCEANDO DORMIDA.) Limpiar las botas del conde... Poner el café... rápido, enseguida...(SE RIE, LUEGO SE QUEJA.)
- JULIA (TIRANDOLE DE LA NARIZ.) Despiértate de una vez.
- JEAN (CON SEVERIDAD.) Déjela en paz, señorita.
- JULIA (CON AIRE.) ¿Cómo?
- JEAN Se cansa uno de estar todo el día frente al fogón. Debe usted respetar su sueño.
- JULIA (CAMBIANDO DE TONO.) Una consideración galante. Digna de usted.  
(LE ALARGA LA MANO.) Ahora ven conmigo a recoger ramas de sauco.  
(CRISTINA SE LEVANTA, ADORMECIDA, Y SE DIRIGE A LA IZQUIERDA PARA ACOSTARSE.)
- JEAN ¿Con usted?
- JULIA Sí, conmigo.
- JEAN No puedo. No podría bajo ningún concepto.



- JULIA      ¿Por qué no? No estarás haciéndote de ilusiones...
- JEAN        Yo no. Pero la gente diría...
- JULIA        ¿Qué? ¿Qué me he enamorado de mi criado?
- JEAN        Yo no soy hombre presumido, señorita; pero cosas así han sucedido antes, y para esta gente nada es sagrado.
- JULIA        Te crees un pequeño aristócrata, ¿no?
- JEAN        Lo soy.
- JULIA        Si yo decido a rebajarme...
- JEAN        No lo haga, señorita Julia, siga ~~mi~~ consejo. Nadie creerá que lo hizo a conciencia. Todos dirán que cayó.
- JULIA        Yo tengo una mejor opinión de la gente. Ven y verás. ¡Ven!
- (LO MIRA FIJAMENTE.)
- JEAN        ¡Qué extraña es usted!
- JULIA        Tal vez. Pero tú también lo eres. Todo es extraño. La vida, la gente, todo es como el fango, que flota en el agua hasta que se hunde. Tengo un sueño que me sorprende de vez en cuando. Estoy sentada sobre una columna, y no tengo escalera para bajar. He de bajar, pero miro hacia abajo y me mareo y me falta el valor para tirarme. Anhele caer, pero no caigo, y no tengo sosiego, no tengo alegría hasta encontrarme allá abajo, hasta tocar el suelo. Y si llego a la tierra me hundo con mis manos en el sucio, hasta cubrirme con él. ¿Ha sentido usted algo igual alguna vez?
- JEAN        No. Yo sueño que estoy al pie de un alto árbol en un bosque oscuro. Deseo subir, subir a las últimas ramas, donde el sol brilla, y admirar el paisaje a mi alrededor, y robar el nido de los pájaros de los huevos de oro. Subo y subo, pero el tronco es grueso, y resbaladizo, y las primeras ramas están tan lejanas. Pero sé que si llegase a las primeras ramas entonces subiría a lo alto fácilmente, como si subiera una escalera. No las he alcanzado así, pero lo haré; aunque sólo sea en sueño.
- JULIA        (RIENDO.) Y yo estoy aquí hablando de sueños contigo. Vamos, aunque sea al jardín. (DANDOLE EL BRAZO, SE DIRIGEN A LA PUERTA.)
- JEAN        Hoy deberíamos dormir sobre nueve flores de la noche de San Juan, señorita Julia. Entonces nuestros sueños se realizarán. (SE DETIENEN. JEAN SE LLEVA LA MANO A UN OJO.)
- JULIA        ¿Qué tienes en el ojo?
- JEAN        Nada. Algo de polvo. Me pasará enseguida.
- JULIA        Te rocé con la manga de mi vestido. Siéntate, déjame ayudarte. (LE COGE UN BRAZO Y LE OBLIGA A SENTARSE. LE SUJETA LA CABEZA Y TRATA DE LIMPIARLE



EL OJO CON LA PUNTA DEL PAÑUELO.) Estáte tranquilo. No te muevas.  
(LA DA EN LA MANO.) Obedéceme. Un hombre tan grande y tan fuerte  
temblando... (SE RIE Y LE TOCA LOS HOMBROS.) ¡Qué hombros tienes!

JEAN (AMONESTANDOLA.) ¡Señorita Julia!

JULIA ¿Qué, 'monieur Jean'?

JEAN "Attention! Je ne suis qu'un homme!"

JULIA Estate quieto. ¡Ya! Bésame la mano y dame las gracias.

JEAN (LEVANTADO.) Oígame señorita Julia. Cristina ya se ha ido a dormir.  
¿Me va a escuchar?

JULIA Primero bésame la mano.

JEAN Escúcheme.

JULIA La mano primero...

JEAN Muy bien. Responda usted por sí misma entonces.

JULIA ¿A qué te refieres?

JEAN Me refiero a que usted ya no es una niña a los veinticinco años.  
¿No sabe usted que es peligroso jugar con fuego?

JULIA Yo estoy asegurada.

JEAN (ATREVIDO.) No lo está. Y aunque lo estuviese, hay materia inflamable  
a su alrededor.

JULIA ¿Y tú estás inflamado?

JEAN No por ser yo, sino por ser un hombre, y joven...

JULIA ¡Y buen mozo!... ¡Qué increíble vanidad! ¿Acaso te crees un casto  
José.

JEAN ¿Tú crees?

JULIA Casi lo temo. (JEAN TRATA DE BESARLA. ELLA LE CRUZA LA CARA.)  
No te atrevas.

JEAN ¿Eso fue en broma o en serio?

JULIA En serio.

JEAN Entonces lo de hace un momento fue en serio también. Usted juega en  
serio demasiado, y eso es peligroso. Y ahora ya me cansé de jugar,  
y le suplico me deje volver a mi trabajo. (COGE LAS BOTAS.) Su señor  
padre quiere sus botas limpias a primera hora, y ya pasó la medianoche.

JULIA Deja las botas.



JEAN No. Esto es parte de mis obligaciones, que no incluyen ser juguete suyo. Me gusta creer que no lo soy.

JULIA Eres orgulloso.

JEAN En algunas cosas, en otras no.

JULIA ¿Has amado a alguien alguna vez?

JEAN Nosotros no "amamos", pero he querido a varias muchachas. Una vez me enfermé por una que no conseguí. Enfermo de amor como los príncipes de "Las mil una noches", que dejan de comer y de beber...

JULIA ¿Quién era ella? (JEAN NO CONTESTA.) ¿Quién era ella?

JEAN Usted no me puede obligar a decirlo.

JULIA ¿Y si te lo pido como igual? ¿Cómo una amiga? (SUAVEMENTE.) ¿Quién era?

JEAN Era usted.

JULIA (SÉ SIENTA.) ¿Qué absurdo?

JEAN Absurdo. Ridículo. Es la historia que no quise contarle antes, ¿sabe usted, señorita, cómo se ve el mundo desde abajo? No lo sabe. A los gavilanes y a los halcones no se les ven las espaldas, porque están muy altos. Yo vivía en una choza con siete hermanos y hermanas y un cerdo, en una tierra gris, donde no crecían los árboles. Desde mi ventana distinguía el muro de la quinta del Señor conde, y los manzanos en flor. Era el jardín del Paraíso, y habían ángeles con espadas de fuego que lo guardaban. Pero a pesar de ellos yo y otros chiquillos descubrimos un camino que nos llevaba al árbol de la vida. ¿Me desprecia usted ahora?

JULIA Todos los niños roban manzanas.

JEAN Usted dice eso pero me desprecia, muy adentro me desprecia. Un día vine al jardín con mi madre a desyerbar el sembrado de cebollas. Junto a la tapia del huerto había un pabellón turco a la sombra de los jazmineros, cubierto por madre selvas. Yo no me imaginaba para que servía aquello; pero nunca había visto un edificio tan maravilloso. Había gente que entraba y salía de él y dejaron la puerta abierta. Me asomé a la entrada y vi las paredes abiertas por cuadros de reyes y emperadores, unas grandes cortinas rojas con franjas de seda en las ventanas. ¿Se da cuenta usted? (COGE UNA RAMITA DE SAUCO, Y SE LA DA A OLER A JULIA. ) Yo nunca había estado en el palacio, no había visto nada más que la iglesia. Aquello era mucho más suntuoso, y mi pensamiento no se apartaba de aquel lugar. Poco a poco creciendo en mí el deseo de conocer toda esa riqueza y entré. Entonces llegó alguien. El edificio no tenía más que una salida. (JULIA, QUE HABIA COGIDO LA RAMITA DE SAUCO, LA DEJA CAER SOBRE LA MESA), para los señores y las señoras, pero para mí había otra, y no tenía alternativa. Salté por la ventana, brinqué una cerca, atravesé corriendo un sembrado de fresas, otro de cervezas y llegué a la terraza de las rosas.



Entonces vi un vestido claro, rosado, y unas medias blancas. Usted. Me escondí en unos arbustos - ¿Se lo imagina? - entre espinas y fango húmedo y apestoso. Y la vi pasear entre las rosas y me dijo: "Si es cierto que un ladrón pudo entrar al cielo, ¿por qué no puede, aquí en la tierra, el hijo del campesino entrar en el parque, y jugar con la niña del Conde?"

JULIA (ELEGIACA.) ¿Crees que cualquier otro niño pobre hubiera pensado lo mismo?

JEAN (DUDANDO, LUEGO CON RESOLUCION.) Estoy seguro. Cualquier niño pobre.

JULIA Debe ser horrible ser pobre.

JEAN (CON DOLOR EXAGERADO.) ¡Ay, señorita Julia! Los perros duermen en el sofá de los amos, el caballo recibe caricias de la mano de la señora, pero la gente así... A veces hay hombres, de fuerzas supremas, que escapan de la miseria. ¿De vez en cuando? ¿Pero sabe usted lo que hice? Salté, con ropa y todo, el arroyo del molino. De allí me sacaron y me apalearon. El domingo siguiente mi padre y mi familia salieron a visitar a mi abuela y yo me quedé en casa. Me bañé con jabón y agua caliente, me puse mi mejor traje y fui a la iglesia a ver si me encontraba con usted. La ví y volví a casa decidido a morir, pero bellamente, sin dolor. Entonces me acordé que era peligroso acostarse bajo un árbol de saúco y que teníamos uno en plena flor. Le arranque todas las flores que tenía y me acosté con ellas en cajón de avena. ¿Ha notado usted lo suave que es la avena? Dulce, como la piel, tapé el cajón, cerré los ojos y me dormí. Luego desperté febril, medio muerto. Pero sobrevivir, como puede usted ver. En realidad no se qué perseguía. No tenía esperanzas de llegar a usted, por supuesto, así que se me hizo usted el símbolo de la desesperanza de la pobreza en que nací.

JULIA ¿Sabes que te expresas muy bien? ¿Fuiste a la escuela?

JEAN Poco. Pero he leído muchas novelas, y he ido mucho al teatro. Y además he oído hablar a los aristócratas, y he aprendido de ellos.

JULIA ¿Escuchar lo que decimos?

JEAN Naturalmente. He oído muchísimas cosas guiando el caruaje o remando el bote. Una vez oí a la señorita hablar con una amiga...

JULIA ¿Qué oyó? ¿Qué oyó usted?

JEAN No son cosas dignas de repetirse. Pero yo no me explicaba donde habían aprendido todas aquellas palabras. Quizás no es tanta la diferencia entre personas como se supone.

JULIA No digas disparates. Nosotros no actuamos como actúan las mujeres de ustedes cuando se comprometen.

JEAN (LA NIÑA.) ¿Está usted segura, señorita Julia? La señorita no tiene que hacerse la inocente conmigo.



- JULIA El hombre a quien le entregué mi corazón era un canalla.
- JEAN Eso lo dicen siempre todas las mujeres... después.
- JULIA ¿Siempre?
- JEAN Lo he oído antes. En otros casos.
- JULIA ¿Qué casos?
- JEAN En casos similares. La última vez...
- JULIA ¡Cállate! No quiero saber más nada.
- JEAN ¡Que raro! Ella tampoco quería. Bien. Le suplico entonces que me permita irme a dormir.
- JULIA (SUAVEMENTE.) ¿Dormir? ¿La noche de San Juan?
- JEAN Sí. No me divierte bailar allá afuera con esa gentuza.
- JULIA Busca la llave del embarcadero y llévame a pasear en bote por el lago. Quiero ver la salida del sol.
- JEAN ¿Cree usted que eso sea acertado?
- JULIA Parece que temer por tu reputación.
- JEAN ¿Y por qué no? No me agrada hacer el ridículo, ni quisiera tampoco ser despedido sin referencia, especialmente ahora, cuando empiezo a ser alguien. Además, tengo cierta obligación con Cristina.
- JULIA Ah, Cristina, ya veo.
- JEAN Pienso en su bienestar, también. Siga mi consejo. Suba a su cuarto y acuésteme.
- JULIA ¿Quién da las órdenes aquí?
- JEAN Por su bien, ¡se lo ruego! Obedézcame. Es tarde, el sueño emborracha, y confunde. Acuéstese. Por ahí vienen los criados a buscarme. Si nos encuentran aquí a estas horas, usted está perdida. (EL CANTO DE UN CORO SE ACERCA POCO A POCO.)
- JULIA Yo conozco a mis criados, y los quiero, como ellos me quieren a mí. Deja que entren y lo verás.
- JEAN No, señorita Julia no, sus criados no la quieren. Comen su pan, pero la escupen a sus espaldas, créame. Oiga, oiga lo que cantan. Será mejor que no lo haga.
- JULIA (ESCUCHA.) ¿Qué cantas?
- JEAN Se burlan. De usted y de mí.



JULIA ¡Malditos! ¡Cuanta maldad encierran!

JEAN La canalla siempre es cobarde. No se puede luchar contra ella. Sólo se puede huir.

JULIA ¿Huir? ¿Adónde? No podemos salir, ni entrar en el cuarto de Cristina.

JEAN Entre el mío entonces. No podemos escoger. Puede confiar en mí. Yo soy su más leal y respetuoso amigo.

JULIA ¿Y si se les ocurre buscarte allí?

JEAN Le echaré el cerrojo a la puerta. Y si tratan de tumbarla, disparo. Venga usted. (SUPLICANTE.) Venga.

JULIA ¿Me lo juras?

JEAN Te lo juro. (SALE JULIA. JUAN CORRE TRAS ELLA.)

(VARIAS PAREJAS CON TRAJES DE FIESTA Y FLORES EN LOS SOMBREROS ENTRAN POR LA PUERTA DE CRISTALES GUIADAS POR UNO DE ELLOS QUE TOCA EL VIOLIN Y LOS DIRIGE. EN LA MESA DEL CENTRO VAN COLOCANDO UN TONELITO DE CERVEZA Y UN BARRILITO DE AGUARDIENTE CUBIERTO CON RAMAS VERDES. SACAN DE LAS ALACENAS VARIOS VASOS Y BEBEN. DESPUES FORMAN UN CORO Y BAILAN CANTANDO LA CANCION DE ANTES. AL FIN, SIN SEPARARSE NI DEJAR DE CANTAR, SALEN POR LA PUERTA DE CRISTALES EN LA MISMA FORMA QUE ENTRARON. JULIA ENTRA SOLA POR LA IZQUIERDA; AL VER EL DESORDEN EN QUE SE HALLA LA HABITACION CRUZA LAS MANOS ASCOMBRADA; LUEGO SACA LA POLVERA Y SE PASA LA BORLA POR LA CARA.)

JEAN (SE ACERCA A JULIA, LE DICE EXALTADO.) ¿Ven? ¿Te das cuenta tú misma? No podemos seguir aquí.

JULIA Pero, ¿qué podemos hacer?

JEAN Huir, viajar, irnos de aquí.

JULIA ¿Viajar? ¿A dónde?

JEAN A Suiza, a los lagos de Italia. ¿Nunca has estado allí?

JULIA No. ¿Es bonito?

JEAN ¡Ah! Un verano eterno. Naranjas, laureles... ¡ah!

JULIA Y ¿qué haríamos allí?

JEAN Puedo poner un hotel. De lujo, para la aristocracia.

JULIA ¿Un hotel?



JEAN Eso es vivir, créeme. Caras nuevas, idiomas distintos cada día. Ni un minuto para preocupaciones, ni para decidir que va a hacer uno. El trabajo se presenta por sí solo. Los timbres sonando noche y día, los trenes silbando, los carruajes que van y vienen de la estación, y las monedas de oro rodando hacia la caja fuerte. ¡Eso es vivir!

JULIA Sí. Suena bien. Pero ¿y yo?

JEAN ¡La señora del hotel, la perla del establecimiento! Con tu cara, y tu firma tenemos el éxito asegurado. ¡Enorme! Sentada en tu oficina, como una reina que pone en movimiento sus esclavos al sonido de una campana. Los huéspedes desfilarán ante tu trono, irán depositando humildemente su tributo a tus pies. No te imaginas lo que tiembla la gente ante una cuenta. Yo me ocuparé de que sean amargos, y tu te encargarás de endulzarla con una sonrisa. Vamonos, vamonos de aquí. (SACA UNA GUIA DEL BOLSILLO.) El primer tren a las seis y media en Malnó, mañana en Hamburgo a las ocho y cuarenta; de Framfort a Brasilea un día, y con el ferrocarril de San Gottardo en como total de tres días. Tres días de viaje.

JULIA Todo eso es lindo. Pero Jean, dame valor. Dime que me quieres. Ven y abrázame.

JEAN (VACILANDO.) Ya quisiera, pero no puedo. Aquí no. En esta casa no. La quiero, no lo dude. ¿Lo duda usted?

JULIA (FEMENINA.) No me trates de usted. Ya no existen barreras entre nosotros. Trátame de tú.

JEAN (ANGUSTIADO.) No puedo. Las barreras existen mientras estemos en esta casa. Aquí está el pasado. Aquí está el conde. Jamás hombre alguno me ha inspirado tanto respeto. De ver sus guantes sobre la silla me hago pequeñito. Si oigo su timbre salto como un caballo asustado. Ahí veo sus botas, rígidas y severas, y me suben escalofríos por la espalda. (APARTA CON EL PIE LAS BOTAS.) Supersticiones, ideas que nos han fijado desde niños, que no podemos escapar. En otros países, en una república, la gente se postrarán ante mi uniforme de criado. Pero yo nací para postrarme, yo tengo madera, tengo carácter, y en cuanto ponga mis dedos en esa primera rama me verá usted subir. Hoy soy un siervo pero el año que viene tendré un hotel, y en diez años seré un propietario de tierras. Entonces iré a Rumania, y hasta podría, hasta podría ganar un título.

JULIA ¡Qué bien!

JEAN ¡Ay! En Rumania podría comprar un título. De conde. Y usted será mi condesa.

JULIA ¿Y que me importa a mí todo eso, que ahora echo por la ventana? Dime que me quieres. Sin tu cariño, ¿qué soy yo?

JEAN Se lo diré mil veces, después, aquí no. No debemos o echará todo a perder. Debemos ser prudentes. (COGE UN CIGARRO, LO DESPUNTA Y LO ENCIENDE.) Siéntese aquí. Yo me sentaré a su lado y hablaremos como si nada hubiese ocurrido.

JULIA ¡Por Dios! ¿No tienes sentimientos?



- JEAN No hay hombre más sentimental que yo. Pero me sé controlar.
- JULIA Hace un rato me besabas el pie. ¿Y ahora?
- JEAN (CON DUREZA.) Ahora tenemos cosas en qué pensar.
- JULIA ¡No me hables así!
- JEAN Me veo forzado a hablarle con firmeza. Ya hemos cometido una locura; no cometamos más. El conde puede llegar en cualquier momento y tenemos que decidir nuestro futuro antes que eso ocurra. ¿Qué piensa usted de mis planes? ¿Qué le parecen?
- JULIA Me parecen bien. Sólo que para lo del hotel vas a necesitar un capital. ¿Lo tienes?
- JEAN (FUMANDO.) Por supuesto que sí. Tengo mi capacidad profesional, mi experiencia y mi conocimiento de idiomas. Yo diría que todo eso es un capital valioso.
- JULIA Pero no nos ayudaría siquiera a comprar los pasajes del tren.
- JEAN Es cierto. Por ello necesito que alguien aporte fondos.
- JULIA ¿Y dónde conseguirás a ese alguien tan de prisa?
- JEAN Usted lo conseguirá. Si quiere venir conmigo.
- JULIA Yo no conozco a nadie, ni poseo dinero.
- JEAN (PAUSA.) Entonces todo se viene abajo.
- JULIA ¿Qué?
- JEAN Nos quedamos como estamos.
- JULIA Pero ¿crees que me voy a quedar bajo este techo como tu amante? ¿Qué voy a consentir que mis criados me señalen con el dedo? ¿Con qué valor podré mirar a mi padre a la cara? ¡No, no! ¡Llévame de aquí! ¿Qué he hecho, Dios mío? Dios mío, Dios mío...(LLORA.)
- JEAN ¡Ah! ¿Vamos a empezar? ¿Qué hizo usted? Lo mismo que han hecho mil mujeres antes que usted.
- JULIA (GRITA NERVIOSA.) ¡Y ahora me desprecias! ¡Me caigo, me caigo!
- JEAN Caiga hacia mí, y yo la levantaré.
- JULIA ¿Qué fuerza prodigiosa me llevó hacia tí? La que empuje al débil hacia el fuerte, el caído hacia el que sube? ¿El amor? ¿Fue esto amor? ¿Sabes tú lo que es el amor?
- JEAN Claro que sí. Yo he tenido muchas mujeres.



- JULIA ¿Cómo puedes pensar y hablar de esa manera?
- JEAN Lo que aprendí a penas y lo que me enseñaron. No se ponga nerviosa ni se haga la sofisticada. Venga aquí, muchacha. Le voy a dar una copa de vino.
- (ABRE EL CAJON DE LA MESA, SACA LA BOTELLA DE VINO Y LLENO DOS DE LOS VASOS USADOS SOBRE LA MESA.)
- JULIA ¿De dónde sacaste esa botella?
- JEAN Del sótano.
- JULIA ¡El borgoña de papá!
- JEAN ¿Demasiado bueno para su yerno?
- JULIA Yo tomo cerveza.
- JEAN Tengo mejor gusto que usted.
- JULIA ¡Ladrón!
- JEAN ¿Me va usted a delatar?
- JULIA ¡La cómplice de un ladronzuelo! Esta noche me he emborrachado y he soñado. ¡La noche de San Juan! ¡La noche de alegrías inocentes!
- JEAN ¿Inocentes?
- JULIA ¿Habrá en la tierra ser tan desdichado como yo?
- JEAN ¿Por qué desdichada después de semejante conquista? Recuerde a Cristina. ¿No tiene ella sentimientos también?
- JULIA No. Eso creía pero ya no. Los criados son criados y nada más.
- JEAN Y las cualesquiera son cualesquiera y nada más.
- JULIA (CAYENDO DE RODILLAS, CON LAS MANOS JUNTAS.) Dios del cielo quítame esta vida miserable. ¡Sálvame del fango en que me ahogo! ¡Sálvame!
- JEAN No puedo negar que me da lástima. Cuando la vi en el jardín de las rosas, desde la siembra de cebollas - ahora se lo puedo confesar - tuve las mismas ideas sucias que hubiera tenido cualquier muchacho.
- JULIA Usted intentó morir por mí.
- JEAN ¿En el cajón de avena? Palabrería.
- JULIA ¿Mentiras?
- JEAN (SOÑOLIENTO.) Más o menos. Una vez leí una noticia en un periódico acerca de un limpiador de chimeneas que se acostó en un cajón de flores de saúco porque lo llevaron a corte con un pleito de paternidad.



JULIA ¡Ah! ¿Así eres tú?

JEAN Tuve que inventar algo. O las mujeres se las alcanza adulándolas.

JULIA ¡Bestia!

JEAN ¡Mende!

JULIA Y ahora le has visto la espalda al gavián.

JEAN ¿La espalda nada más?

JULIA ¡Y yo iba a ser la primera rama!

JEAN Pero la rama estaba podrida.

JULIA ¡La perla del hotel...!

JEAN Y yo el hotel.

JULIA Sentada en tu oficina, atrayendo huéspedes, falsificando cuentas...

JEAN De eso me hubiera encargado yo.

JULIA ¡Que un alma humana sea tan sucia!

JEAN Báñate entonces.

JULIA ¡Lacayo! ¡Criado! ¡Levántate cuando te hablo!

JEAN ¡Putas de lacayo, mujerzuela de criado! ¡Cállate la boca y sal de aquí! ¿Por qué me gritas sucio? La gente de mi clase no se comporta como lo hiciste tú esta noche. Ninguna cocinera hubiera perseguido a un hombre así. Ninguna campesina hubiera ofrecido su cuerpo de esa manera. Eso sólo lo he visto entre los animales y las prostitutas.

JULIA ¡Pégame, pisoteame! ¡No merezo otra cosa, soy una miserable, pero ayúdame! ¡Ayúdame si aún me puedes ayudar.'

JEAN No pretendo renunciar al honor de haberla seducido. ¿Pero cree usted que alguien en mi posición se hubiera atrevido a mirarla a los ojos si usted no lo hubiese querido? Todavía me asombro...

JULIA Te ufanas.

JEAN ¿Y por qué no? Aún cuando sepa que fue demasiado fácil.

JULIA Dí lo que quieras, haz conmigo lo que te plazca. Eres más fuerte que yo.

JEAN No. Perdóneme lo que he dicho. Yo no acostumbo a pegar a un ser indefenso, y menos si es una mujer. Yo no puedo negar que me llena de



alegría el saber que todo aquello que me deslumbraba al mirarlo desde abajo no era sino fantasía. ¡Que la espalda del halcón era áspera, como la mía, que en la mejilla delicada había una ligera capa de polvos, que las uñas cuidadas tenían los bordes mejores, que el pañuelo perfumado estaba sucio. Pero a la vez, me duele comprobar que aquello que contemplaba no era serio, ni estaba tan alto. Me duele verla humillada, más baja que su propia cocinera. Y me apena ver las flores de otoño, derribadas por la lluvia, convertidas en basura.

JULIA Hablas como si estuvieras a mayor altura que yo.

JEAN Y lo estoy. Yo puedo hacerla una condesa. Usted no puede hacerme conde a mí.

JULIA Yo llevo sangre de nobles, algo que tú nunca tendrás.

JEAN Pero mis hijos podrían ser nobles si...

JULIA Y yo no soy una ladrona, como tú.

JEAN Hay cosas peores que ser un ladrón. Cuando yo presto mis servicios en una casa me considero como un miembro de la familia, como un hijo de la casa. Y la gente no llama robo al que un chiquillo arranque una fruta de un arbusto lleno de ellas. (NUEVAMENTE VA ENCENDIÉNDOSE SU PASIÓN.) ¡Señorita Julia! Usted es una bella mujer, demasiado alta para un hombre como yo. Cayó víctima de una borrachera y ahora pretende arreglar las cosas haciéndose la ilusión de que me quiere. No lo haga usted. Usted no me quiere. Quizás mi aspecto la seduce, en cuyo caso su amor no es mejor que el mío. Yo nunca me permitiré ser su desahogo físico, su animal, y yo no puedo ganar su cariño.

JULIA ¿Estás seguro?

JEAN ¿Podría ocurrir? Yo podría quererla. Usted es hermosa, fina, culta, apasionada cuando se lo propone, y si despierta el deseo en un hombre ya no desaparecerá. Usted es como un vino de especies, caliente, y un beso suyo... (INTENTA LLEVARSELA, PERO ELLA SE APARTA RESUELTAMENTE.)

JULIA ¡Déjame! Así no lo vas a lograr.

JEAN ¿Y entonces cómo? Con caricias y palabras tienes? ¿Con proyectos para el porvenir que salvarán la vergüenza? ¿Cómo?

JULIA ¿Cómo? ¿Cómo? No sé. Me das asco como una rata, pero no puedo huir de ti.

JEAN Hagamos juntos.

JULIA (OBSERVANDO, PREOCUPADA, SU TRAJE.) ¿Huir? Nos iremos. Pero ¡estoy tan cansada! Dame un vaso de vino. (JEAN SE LO SIRVE.) (JULIA, MIRANDO EL RELOJ.) Pero antes tenemos que hablar. Hay tiempo todavía.



(VACIA EL VASO Y SE LO DA PARA QUE VUELVA A LLEVARLO.)

JEAN No tome así. Se va a emborrachar.

JULIA ¿Qué importa?

JEAN Que es ordinario el emborracharme. ¿Qué iba usted a decirme?

JULIA Nos fugaremos, pero antes tenemos que hablar. Es decir, que hablaré yo, porque usted me ha contado su vida. Ahora voy a contarle la mía. Así nos conoceremos mejor antes de irnos los dos.

JEAN Perdóneme. Considere que a lo mejor luego se arrepentirá de haberme contado sus secretos.

JULIA ¿No eres amigo mío?

JEAN A veces. No se confíe de mí.

JULIA Eso lo dices por decir. Mis secretos son harto conocidos. Mi madre no era de familia ilustre, su origen fue muy humilde. Tuvo las ideas de su tiempo sobre la igualdad y la emancipación de la mujer y sentía repugnancia hacia el matrimonio. Cuando mi padre se enamoró de ella mi madre le dijo que nunca se casaría con él, pero luego cambió de parecer y consintió. Yo nací contra de la voluntad de mi madre, por lo que me he enterado. Ella quiso educarme libre de imposiciones sociales, una hija de la naturaleza. Había yo de aprender a hacer todo lo que hacían los niños, para dar ejemplo que las mujeres eran iguales a los hombres. Mi madre me vestía con ropa de muchacho, y me hacía cuidar de los caballos, aunque nunca me permitió entrar en el corral de las vacas. Aprendí a bañador y a ensillador, incluso a llevarlos al matadero. Eso fue horrible. Mientras tanto le dio a los hombres de la quinta los quehaceres de las mujeres, y a las mujeres las faenas de los hombres. El resultado fue el descalabro total, y nos convertimos en el hazmerreir de la vecindad. Por fin mi padre despertó de su letargo y se rebeló ante aquel estado de cosas de ahí en adelante todo se hizo según su parecer. Mi madre enfermó-de qué no sé- sufría de convulsiones, se escondía en los establos y pasaba noches enteras al aire libre. Entonces vino el fuego, de que deben haber oído hablar. La casa, los establos y los corrales fueron arrasados por el incendio, en circunstancias que hicieron pensar que fue intencionado: sucedió al día siguiente de vencer el trimestre del seguro, y la prima que mi padre había enviado a tiempo se retrasó por negligencia del mensajero.  
(LLEVA EL VASO Y BEBE.)

JEAN No beba usted más.

JULIA ¿Qué importa! Lo perdimos todo, y tuvimos que pasar las noches en los carruajes. Mi padre no sabía donde buscar el dinero para reconstruir la hacienda. Mi madre le aconsejó que hiciera un prestamo con un viejo amigo de ella, un ladrillero que vivía cerca. El hombre le prestó el dinero sin interés, para asombro de papá. La hacienda se reedificó. ¿Sabes quien causó el incendio?



- JEAN Su madre.
- JULIA ¿Sabes quién era el ladrillero?
- JEAN El amante de la condesa.
- JULIA ¿Sabes de quién era el dinero?
- JEAN Eso no lo sé.
- JULIA De mi madre.
- JEAN Era del conde también, entonces. Si no tenían separación de bienes.
- JULIA No tenían. Mi madre tenía un pequeño capital que no quería que mi padre administrase. Lo había guardado con su amigo.
- JEAN Quién se lo adueñó.
- JULIA Sí, se lo adueñó! Mi padre lo descubrió todo, pero no pudo procesar, ni pagarle al amante de su mujer, ni demostrar que aquel dinero era de su esposa. Esa fue la venganza de mi madre por haberle quitado el mando de la hacienda. Mi padre estuvo al borde del suicidio-corrió la voz que lo había intentado sin conseguirlo. Vivió, e hizo a mi madre pagar por lo que hizo. Aquellos cinco años fueron terribles para mí, como te puedes imaginar. Simpatizaba con mi padre, pero no puse del lado de mi madre, porque no sabía lo que había ocurrido. De ella aprendí a odiar y a desconfiar de los hombres, porque ella los odiaba, y juré que nunca llegaría a ser esaclava de ellos.
- JEAN ¿Luego de eso se comprometió con ese joven abogado?
- JULIA Quería esclavizarlo.
- JEAN Pero él no lo permitió.
- JULIA Lo permitía, pero me cansé de él.
- JEAN Yo los ví en los establos.
- JULIA ¿Qué vio usted?
- JEAN Cuando él rompió el noviazgo.
- JULIA Eso no es cierto. Yo fui quien rompió el compromiso. ¿Ese imbécil te dijo lo contrario?
- JEAN No era un imbécil. ¿Odia usted tanto a los hombres, Srta. Julia?
- JULIA Sí. Casi siempre. A veces tengo momentos de flaqueza, cuando la naturaleza quema, y entonces... ¡oh!
- JEAN ¿Me odia a mí también?
- JULIA Enormemente. Quisiera matarte como a un animal cualquiera.



- JEAN Al asesino se le condena a trabajos forzados y al animal se le mata.
- JULIA Así es.
- JEAN Pero aquí no hay animal alguno, ni asesinos. ¿Entonces qué hacemos?
- JULIA Escapar.
- JEAN ¿Para atormentarnos el uno al otro hasta la muerte?
- JULIA No. Para ser felices dos días, tres semanas, lo que se pueda, y luego morir.
- JEAN ¿Morir? Eso sería una estupidez. Yo prefiero empezar un hotel.
- JULIA (HABLANDO CONSIGO MISMA.) En el lago de Como, donde siempre brilla el sol, donde florecen el laurel y los naranjos por la Navidad...
- JEAN El lago de Como es un lodazar, y yo no he visto allí naranjos, sino en las fruterías. Pero es un sitio estupendo para forasteros, porque hay cabañas para las parejas de enamorados. Es un buen negocio. ¿Sabe usted por qué? Porque las pagan por seis meses y las dejan a las tres semanas.
- JULIA ¿Por qué a las tres semanas?
- JEAN Porque se pelean, por supuesto. Pero el alquiler está pagado. Uno las alquila otra vez y así sucesivamente, pareja tras pareja. El amor subsiste hasta la eternidad, aunque ésta no dure tanto.
- JULIA ¿No quieres morir conmigo?
- JEAN De ninguna manera. Primero porque me gusta vivir, y segundo porque considero el suicidio un crimen contra la providencia que nos dio vida.
- JULIA ¿Tú crees en Dios?
- JEAN Sí. Voy a la iglesia todos los domingos. Y ahora, francamente estoy cansado de todo esto. Me voy a acostar.
- JULIA ¿Y crees que las cosas se van a quedar así? ¿Sabes lo que debe un hombre a una mujer que ha deshonrado?
- JEAN (SACA UNA MONEDA Y LA ARROJA SOBRE LA MESA.) Yo pago todas mis deudas.
- JULIA (SIN DEMOSTRAR QUE HA ADVERTIDO LA INJURIA.) ¿Sabes que la ley dice...
- JEAN La ley no impone sanciones a una mujer que ha seducido a un hombre.
- JULIA (COMO ANTES.) ¿Ves alguna otra solución que no sea irnos, y luego separarnos?



- JEAN           ¿Y si yo dijera que no a ese 'mesalliance'?
- JULIA           ¿'Mesalliance'?
- JEAN           Por mi parte sí. Yo tengo mejor descendencia que usted. No hay incendiarios entre mis antepasados.
- JULIA           Y ¿cómo lo sabes?
- JEAN           En todo caso no se puede probar lo contrario, porque mi casta no tiene genealogía, excepto uno que otro historial con la policía. Pero yo he estudiado su familia en un libro que hay en la mesa del salón. ¿Sabe usted quién fue el primer aristócrata de su casa? Un molinero que permitió que el rey se acostase con su mujer una noche durante la guerra danesa. Yo no tengo abuelos de esa alcunía, no tengo linaje. Pero puedo ser el primero de una raza de aristócratas.
- JULIA           Todo esto por haber abierto mi corazón a un ser indigno, por haberle sacrificado el honor de mi familia.
- JEAN           La deshonra, quiere decir. Le dije que no debió tomar. Uno habla de más, y eso es peligroso.
- JULIA           ¡Ay, cómo me arrepiento! ¡Cómo me arrepiento! Si por lo menos usted me quisiese...
- JEAN           Por última vez, ¿qué quiere usted que yo haga? ¿Qué lllore, que salte por encima de su látigo, que la bese, que la distraiga por tres semanas en el lago de Como? ¿Y después? ¿Qué quiere usted que yo haga? Ya me estoy cansando con las mujeres es siempre igual. Srta. Julia, bien veo que es usted desgraciada, que sufre, pero no puedo entenderla. Para nosotros no hay tales historias - no nos odiamos - el amor es un juego, cuando el trabajo nos lo permite, pero no tenemos el día y la noche entera para él. Usted está enferma, sin duda alguna está enferma.
- JULIA           Sé bueno conmigo. ¡Ayúdame! ¡Dime que debo hacer, que camino seguir!
- JEAN           Yo no sé.
- JULIA           Me desquicié, me volví loca, pero ¿no hay salvación?
- JEAN           Quédece aquí, calmada y serena. Nadie sabe nada.
- JULIA           Imposible. La gente lo sabe. Cristina lo sabe.
- JEAN           No, no lo saben. Nunca creerían nada semejante.
- JULIA           (EVASIVA.) Podría volver a ocurrir...
- JEAN           Es cierto.
- JULIA           ¿Y las consecuencias?



- JEAN (ATERRADO.) ¿Las consecuencias? ¡Dios, por qué no pensé en eso antes? No hay más que un remedio: tiene usted que marcharse de aquí enseguida. Yo no iré con usted, porque entonces todo se descubriría. Viajará sola, lejos, a cualquier sitio.
- JULIA ¿Sola? ¿Dónde? No puedo.
- JEAN Debe hacerlo, antes que vuelva el conde. Si se queda ya sabe lo que sucederá. Después que se comete la primera falta uno no tiene reparos, pues el mal está hecho. Entonces uno se confía, se envuelve y al final se descubre. Váyase. Escríbale luego al conde confesándolo todo, sin nombrarme a mí. No sospecharan que yo soy el culpable. Tampoco se preocuparán por saberlo.
- JULIA Yo no me iré sin ti.
- JEAN Srta. Julia usted no puede fugarse con su criado. A los tres días la noticia aparecería en los periódicos y su padre no sobreviviría tal afrenta.
- JULIA No puedo irme, no puedo quedarme. ¡Ayúdame! ¡Estoy tan cansada, tan horriblemente cansada! Dime lo que debo hacer, dame vida porque ya no puedo pensar ni decidir.
- JEAN ¿Se da cuenta usted ahora que es una criatura despreciable? ¿Por qué se enorgullecen y se envanecen ustedes como si fueran los dioses del universo? Muy bien. Yo daré las órdenes. Cambiense de ropa, busque dinero para el viaje y vuelva aquí.
- JULIA (CON VOZ SUAVE.) Ven conmigo...
- JEAN ¿A su cuarto? (DUDANDO UNOS INSTANTES.) Camine usted. (LA COGE DE LA MANO Y LA EMPUJA FUERA DE LA COCINA.)
- JULIA (MIENTRAS SE VA.) Háblame con ternura, Jean.
- JEAN Las órdenes son siempre desagradables. Ahora lo sabe usted.
- (SALEN LOS DOS. JUAN VUELVE A POCO, SUSPIRA COMO SI SE QUITASE UN PESO DE ENCIMA, SE SIENTA A LA DERECHA, JUNTO A LA MESA, SACA UN LIBRILLO DE NOTAS Y VA COTEJANDOLAS A MEDIA VOZ. ESCENA MUDA. CRISTINA ENTRA POR LA DERECHA, VESTIDA PARA IR A LA IGLESIA; TRAE EN LA MANO UNA PECHERA BLANCA Y UN PAÑUELO DE CUELLO, BLANCO TAMBIEN.)
- CRISTINA ¡Por Dios, que desorden! ¿Qué pasó aquí?
- JEAN Fueron los campesinos. La Srta. Julia los dejó entrar. ¿No los oíste?
- CRISTINA No. Me dormí.
- JEAN ¿Vas a la iglesia?
- CRISTINA Sí. Me prometiste ir conmigo a comulgar hoy.



- JEAN Verdad. ¿Me trajiste la ropa? Dámela. (SE SIENTA A LA DERECHA. CRISTINA LE VA DANDO LA PECHERA, EL PAÑUELO Y LE AYUDA A PONERSELOS. PAUSA. JUAN HABLA ADORMECIDO.) ¿Qué evangelio es el de hoy?
- CRISTINA La degollación de San Juan Bautista.
- JEAN ¡Ay! Va a ser largo. ¡Cuidado que me arañas! Tengo sueño...
- CRISTINA ¿Qué hiciste toda la noche? Estás verde.
- JEAN Hablaba con la Srta. Julia.
- CRISTINA Esa no sabe lo que es corrección.  
(PAUSA.)
- JEAN Las cosas resultan extrañas cuando se acuerda uno de ellas después.
- CRISTINA ¿Qué cosas?
- JEAN Todo.  
(PAUSA.)
- CRISTINA (SE FIJA EN LOS VASOS SOBRE LA MESA.) ¿Bebieron juntos?
- JEAN Sí.
- CRISTINA Mírame a los ojos.
- JEAN Sí.
- CRISTINA ¿Es posible? ¿Es posible?
- JEAN (REFLEXIONA UNOS INSTANTES.) Sí lo es.
- CRISTINA Eso nunca lo hubiese creído. ¿No te da vergüenza?
- JEAN ¿Estás celosa de ella?
- CRISTINA No, de ella no. Si hubiese sido Clara o Sofía, te arrancaba los ojos. Pero ella no, no sé por qué. ¡Pobre muchacha! Le hiciste algo muy feo, muy feo. Pero yo no quiero seguir trabajando en una casa donde no se puede respetar a los amos.
- JEAN ¿Por qué hay que respetarlos?
- CRISTINA Tú que eres tan inteligente lo debías saber. Vas a servir a gente que se rebajan de esa manera? Yo creo que nos deshonraríamos.
- JEAN Es un gran consuelo el saber que son iguales que nosotros.



- CRISTINA No estoy de acuerdo. ¿Si no son mejores que nosotros entonces de que vale el emularlos, el tratar de superarnos? Y el conde, ¿qué hay de él y de los infortunios que ha sufrido? No quiero continuar en esta casa. ¡Y con alguien como tú! Si hubiera sido el abogado, que era un caballero...
- JEAN ¿Qué tengo yo de malo?
- CRISTINA Tú eres un buen muchacho, Juan, pero hay gente y hay gente. No se me va de la mente. La señorita que era tan orgullosa con los hombres, tan implacable... ¿Quién diría que se entregase así porque sí a un hombre como tu? Ella quería mandar a matar a Diana porque se escapó con el perro del cuidador. Yo no me quedo aquí. Me largo el 24 de octubre.
- JEAN ¿Y luego?
- CRISTINA Ya que preguntas debería buscar empleo para cuando nos casemos.
- JEAN ¿Dónde lo voy a encontrar? No conseguiré un empleo como este si me caso.
- CRISTINA Como este no. Pero puedes colocarte como portero o como mozo en algún hotel. El sueldo es poco pero es mejor que nada, y tu esposa y tus hijos tendrán una pensión asegurada.
- JEAN (CON UNA MUECA.) Muy bonito, pero no voy a sacrificarme por mi mujer y mis hijos, gracias. Yo aspiro a algo más.
- CRISTINA ¿Aspiras? ¿Y tus obligaciones? ¿No vas a pensar en ellas?
- JEAN Cállate. Demasiado sé yo de mis obligaciones. (OYE PASOS.) Hablaremos más tarde. Ve y acaba de arreglarte y vámonos a misa.
- CRISTINA ¿Quién da pasos allá arriba?
- JEAN Clara.
- CRISTINA (YENDO SE.) No debe ser el conde. No puede haber regresado sin que nos diéramos cuenta.
- JEAN (INQUIETO.) ¿El conde? No puede ser. Hubiera llamado.
- CRISTINA ¡Bien sabe Dios que no se imagina cosa semejante! (SALE POR LA DERECHA. EL SOL HA IDO ELEVÁNDOSE E ILUMINA POCO A POCO LOS ARBOLES DEL PARQUE; LOS RAYOS DAN EN LAS BALDOSAS. JUAN HACE UNA SEÑA.)
- JULIA (ENTRA VESTIDA DE VIAJE, CON UNA JAULITA CUBIERTA QUE DEJA SOBRE UNA SILLA.) Yo estoy lista.
- JEAN ¡Ssh! Cristina está despierta.
- JULIA (EXCITADÍSIMA A TRAVÉS DE TODA LA ESCENA.) ¿Sabe algo?
- JEAN Nada. ¡Dios mío, que cara tiene usted!



- JULIA        ¿Qué pasa?
- JEAN        Esta pálida y, perdóneme, pero tiene la cara sucia.
- JULIA        Dame agua. (SE LAVA LA CARA Y LAS MANOS.) Una toalla. ¿Ha salido el sol?
- JEAN        Y el diablo pierde su poder.
- JULIA        El diablo ha jugado conmigo esta noche. Escúchame, Juan. Ven conmigo. Tengo dinero.
- JEAN        (DUDANDO.) ¿Suficiente?
- JULIA        Suficiente por lo pronto. Ven conmigo. Hoy no puedo viajar sola. Es la fiesta de San Juan, en un tren asfixiante, apretada por la gente que me miraran con fijeza, tener que esperar en las paradas yo sola cuando quisiera volar. No puedo, no puedo, no puedo. Y entonces me llegarán los recuerdos de mi niñez: el día de San Juan, con la iglesia llena de flores, adornada con ramas de abedul y de saúco, la cena en la mesa suntuosa, familia, amigos, el café en el parque, bailes, música, juegos. ¡Oh! Uno corre, escapa, pero en el vagón de equipaje nos persiguen los recuerdos, el remordimiento y la culpa.
- JEAN        Iré con usted. Pero debe ser ahora mismo, antes de que sea tarde.
- JULIA        Vamos. (COGE LA JAULA.)
- JEAN        Sin equipaje, si no estamos perdido.
- JULIA        No, nada. Únicamente lo que podamos llevar en la mano.
- JEAN        (COGIENDO EL SOMBRERO.) ¿Qué lleva usted ahí?
- JULIA        Mi canario. No quiero dejarlo.
- JEAN        ¿Está usted loca? No podemos llevar esa jaula. Deje ahí ese pájaro.
- JULIA        ¡Lo único que me llevo de la casa, el único ser que me quiere desde que Diana me fue infiel! Deja que me lo lleve.
- JEAN        ¡No, no! Déjelo ahí y hable más bajo que Cristina puede oírnos.
- JULIA        No quiero dejarlo con extraños. Prefiero que lo mates.
- JEAN        Démelo.
- JULIA        Pero no le hagas daño. No puedo, no.
- JEAN        Démelo, que yo sí puedo.
- JULIA        (SACA EL PAJARITO DE LA JAULA Y LO BESA.) ¿Mi pequeño, vas a morir ahora y a dejarme?



- JEAN Por favor, deje las escenas ahora. El pájaro no vale su vida y su felicidad. Démelo. (SE LO ARRANCA DE LA MANO, LO LLEVA A LA MADERA Y COGE UN CUCHILLO.) Si hubiese aprendido a matar gallinas en vez de a disparar un rifle no se asustaría usted de un poco de sangre. (le corta el cuello al canario.)
- JULIA (EXALTADA.) ¡Mátame a mí! ¡Mátame a mí! ¿Cómo puedes degollar a un animalito inocente sin que la mano te tiemble? ¡Te odio y me das asco! ¡Hay sangre entre tú y yo! ¡Maldita la hora en que te vi! ¡Maldita la hora en que nací!
- JEAN ¿De qué vale maldecir? Vámonos.
- JULIA (APROXIMÁNDOSE A LA MADERA.) No, no quiero irme. No puedo, tengo que ver... ¡Cállate! Oigo un carruaje allá afuera. (PRESTA OÍDOS, CON LOS OJOS FIJOS EN EL CUCHILLO Y LA MADERA.) ¿Crees que no puedo soportar la sangre? ¿Crees que soy débil? ¡Quisiera ver tus sesos y tu sangre sobre esa mesa! ¡Quisiera ver a todo tu sexo nadando en un mar de sangre como ese! ¡Podría beber de tu cráneo, pisotear tus entrañas y tragarme tu corazón vivo! ¿Tú crees que soy débil, que te quiero, que deseo llevar tu hijo bajo mi corazón, nutrirlo con mi sangre y darle tu apellido? ¿Cómo te llamas? Jamás oír tu apellido. ¡Perro que llevas mi collar, siervo que llevas mi blasón en tus botones! ¡Yo te comparto con mi cocinera y soy su rival! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Tú crees que soy cobarde y que huiré. No, no, me quedo y que caiga el rayo. Mi padre llegará a su casa y encontrará su escritorio abierto, su dinero robado. Llamará a su criado y luego a la policía y yo lo confesaré todo, todo. ¡Qué hermoso final! Luego le dará una embolia y morirá, y todo este cuento termina y llega la paz y el silencio. ¡El silencio eterno! Después mi casta se derrumbará sobre el féretro de mi padre, mi estirpe terminará y el hijo del siervo crecerá en un orfanato, conquistará sus laureles en un corral y terminará sus días en presidio... (ENTRA CRISTINA CON EL LIBRO DE HIMNOS EN LA MANO. JULIA CORRE HACIA ELLA Y SE ECHA EN SUS BRAZOS.) ¡Ayúdame, Cristina! ¡Librame de este hombre!
- CRISTINA (IMPASIBLE Y FRÍA.) ¿Qué gritos son estos en día de fiesta? (SE FIJA EN LA MADERA.) ¿Qué reguero de sangre hay aquí? ¿Qué significa esto? ¿Por qué grita usted?
- JULIA Tú eres mujer, Cristina, y mi amiga. ¡Cuídate de él!
- JEAN (EVASIVO.) Si las señoras tienen que hablar, yo me iré a afeitarme.
- JULIA Escuchame, Cristina, tienes que entender...
- CRISTINA No, yo no entiendo. ¿Qué hace usted vestida de viaje y él con el sombrero puesto?
- JULIA Escúchame y te lo contaré todo.
- CRISTINA No quiero saberlo.
- JULIA Oyeme, por favor.



CRISTINA No me interesa lo que sucedió entre usted y Juan. Pero si intenta llevárselo de aquí, yo se lo impediré.

JULIA (NERVIOSISIMA.) Cristina, por favor, atiéndeme. Yo no me puedo quedar aquí, ni Juan tampoco. Tenemos que irnos.

(CRISTINA SE QUEDA PENSATIVA.)

JULIA Se me ocurre algo. ¿Y si nos fuéramos los tres a otro país, a Suiza, por ejemplo, empezáramos un hotel? Yo tengo dinero. (SE LO ENSEÑA.) ¿Ves? Juan y yo nos encargaremos de todo y tú te ocuparás de la cocina. ¿Te parece bien? Dí que sí y ven con nosotros. Así todo se arregla. Dí que sí. (LA ABRAZA DANDO LE PALMADITAS EN LA ESPALDA.)

(CRISTINA QUEDA FRÍA Y PENSATIVA.)

JULIA (RAPIDAMENTE.) Tú nunca has viajado. Debes conocer el mundo. No sabes lo divertido que es el ferrocarril, gentes nuevas, países nuevos. Iremos a Hamburgo y visitaremos el zoológico. ¿Qué te parece? Luego al teatro de la Opera, y cuando lleguemos a Mónaco, veremos los cuadros de Rubens y de Rafael, que son dos grandes pintores. Tú has oído hablar de Mónaco, donde reinaba Ludovico, el rey loco, allí veremos sus palacios. ¡Palacios como los de los cuentos de hadas! Desde allí es un tramo corto a Suiza por los Alpes. Imagínate los Alpes cubiertos de nieve en pleno verano, donde crecen naranjos y laureles todo el año.

(APARECE JUAN AFILANDO UNA NAVAJA EN UNA CORREA QUE SUJETA CON LOS DIENTES Y LA MANO IZQUIERDA. OYE A JULIA Y DE VEZ EN CUANDO ASIENTE CON LA CABEZA.)

JULIA (CADA VEZ MAS NERVIOSA Y HABLANDO CON MAYOR RAPIDEZ.) Montaremos un hotel, ya verás. Yo me sentaré en la caja mientras Juan recibe a los huéspedes, sale a la calle, escribe cartas, se afana... ¡Eso es vivir! créeme! El tren silbará, los coches llegarán de la estación, los ruidos llevarán la casa, el restaurante. Yo arreglaré las cuentas, para que sean altas. No sabes el miedo que le tienen los turistas a las cuentas. Y tú serás la señora de la cocina, la condesa. No tendrás que estar junto al fogón, sino que podrás estar bien vestida, elegante, para que la gente te vea. Con tu figura y no te estoy adulando, podrás pescar un buen partido, un inglés rico, tal vez. ¡Son fáciles de atrapar! (MAS LENTA, FATIGADA.) Y poco a poco nos haremos ricos, y construiremos una villa en el lago de Como. Claro que allí llueve, pero el sol brillará de vez en cuando, aunque triste. Y si no podemos volver a casa. Aquí... u a otro sitio.

CRISTINA Señorita Julia, ¿usted se cree todo esto?

JULIA (ANIQUILADA.) ¿Qué si creo...?

CRISTINA Todo eso que dice.

JULIA (FATIGADA.) No sé. Ya no creo en nada. (DEJÁNDOSE CAER SOBRE LA SILLA. LA CABEZA ABATIDA ENTRE LOS BRAZOS, QUE APOYA EN LA MESA.) En nada. Nada.



CRISTINA (A JUAN.) ¿Pensabas irte?

JUAN (AZORADO, DEJANDO LA NARANJA SOBRE LA MESA.) ¿En irme? No tanto. Pero has oído los planes de la Señorita Julia, y aunque esté un poco cansada por la mala noche, son planes buenos, dignos de consideración.

CRISTINA ¿Y tú pretendes que yo cocine para esta...?

JUAN (CON SEVERIDAD.) ¡Cuídate la lengua cuando hables de tu señora!

CRISTINA ¿Señora?

JEAN Sí.

CRISTINA Sólo esto me faltaba.

JUAN La Señorita Julia sigue siendo tu señora. No hay razón para que la desprecies cuando tú no haces menos que lo que ella ha hecho.

CRISTINA Yo siempre me he dado a respetar.

JEAN ¿Despreciando a los demás?

CRISTINA Jamás he rebajado mi condición. ¡Ven y dime que la cocinera del conde ha tenido que ver con el que limpia los establos, o con el que cuida los puercos! ¡Dímelo!

JEAN No. Tuviste suerte de encontrar un caballero.

CRISTINA Tu caballerosidad no te impide robar la avena del conde para revenderla.

JEAN ¿Y tú te atreves a hablar? Tú le coges una concisión al de la tienda, y el carnicero te da dinero.

CRISTINA ¿Cómo?

JEAN ¡Y tú ya no respetas a tus amos! ¡Tú!

CRISTINA Vámonos a la iglesia. Después de lo que ha sucedido, un buen sermón te vendrá bien.

JEAN No hoy no voy a la iglesia. Ve tú sola, y confiesa todos tus pecados.

CRISTINA Lo haré, y rezaré por el perdón de los tuyos también. El señor murió en la cruz por nuestros pecados. Si vamos a él con fe y con arrepentimiento, se hará cargo de todos nuestros pecados.

JULIA ¿Tú crees eso, Cristina?

CRISTINA Esa es mi fe, tan cierta como que estoy viva. Es la fe de mi niñez, la que he conservado siempre, Señorita Julia. Y allí donde los pecados se desbordan, allí desciende la gracia.



JULIA ¡Si yo tuviese fe! ¡Si yo pudiera!

CRISTINA La gracia es algo que no llega a todos.

JULIA ¿Y quién la consigue?

CRISTINA Ese es el gran secreto de Dios, Srta. Julia, el secreto del don de la gracia. El señor no distingue entre las personas, pero para él los últimos serán los primeros.

JULIA Entonces Dios favorece a los últimos.

CRISTINA (CONTINUA DOGMÁTICA.) Y más fácil será que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico consiga entrar en el cielo. Así es, Srta. Julia. Ahora me voy sola, pero al pasar por los establos le diré al cochero que no deje salir carruaje alguno hasta que llegue el señor conde, en caso de que alguien quiera huir. Adiós. (SALE.)

JUAN ¡Y todo por un pájaro de mierda!

JULIA (CON LANGUIDEZ.) ¿Ves alguna solución?

JEAN (PIENSA UN INSTANTE.) No.

JULIA ¿Qué harías tú en mi lugar?

JEAN ¿En su lugar? ¿En el de aristócrata, en el de mujer, en el de seducida? No sé. (CON UNA RÁPIDA MIRADA A LA MESA.) No, sí sé.

JULIA (SE APODERA DE LA NAVAJA Y HACE UN MOVIMIENTO.) ¿Así?

JEAN Pero yo no lo haría. He ahí la diferencia entre usted y yo.

JULIA ¿Por qué tú eres hombre y yo soy mujer? ¿Qué diferencia es esa?

JEAN La que hay entre un hombre y una mujer.

JULIA (CON LA NAVAJA EN LA MANO.) Quisiera, pero no puedo. Mi padre tampoco pudo cuando tuvo que hacerlo.

JEAN Hizo bien. Tenía que vengarse antes.

JULIA Y ahora mi madre se venga, a su vez, a través de mí.

JEAN ¿Nunca quiso usted a su padre, Señorita?

JULIA Lo quise, pero lo odié también, sin que me diera cuenta. El permitió que yo creciera despreciando a las mujeres, sin ser macho ni hembra. ¿Quién tiene la culpa? ¿Mi padre? ¿Mi madre? ¿Yo misma? Yo no soy yo. No tengo una idea que no me la diese mi padre. Un sólo afecto que no me lo inspirase mi madre. Y el último, el de que todos los hombres son iguales, lo adquirí de mi prometido; por lo que lo considero un infame. ¿Cómo puede ser culpa mía? ¿Se la cedo a Jesucristo, como hace Cristina? No. Yo soy altiva, cultivada gracias a mi padre. Y eso de que un rico no pueda entrar al cielo es una mentira, sino Cristina, quien tiene dinero



en el banco, no entraría tampoco. ¿Quién tiene culpa? ¿Y qué importa, si en todo caso yo he de sufrir la culpa y pagar el precio?

JEAN (SE OYEN DOS CAMPANILLAZOS FUERTES. JULIA SE ESTREMECE. JUAN SE CAMBIA DE CHAQUETA PRECIPITADAMENTE.) ¡El conde! Si Cristina...

JULIA ¿Habrá visto su escritorio?

JEAN (VA HACIE LA BOCINA, LLAMA Y ESCUCHA.) Juan, señor. (ESCUCHA.) Enseguida, señor. (VUELVE A ESCUCHAR.) Muy bien. (ESCUCHA.) Dentro de media hora.

JULIA (CON ANSIEDAD.) ¿Qué dijo? ¡Dios mío! ¿Qué dijo?

JEAN Pidió sus botas y el café en media hora.

JULIA Hay media hora, entonces. ¡Qué cansada estoy! Ya nada puedo. Soy incapaz de arrepentirme, de huir, de quedarme. ¡No puedo vivir, no puedo morir! ¡Ayúdame! ¡Mándame y te obedeceré como un perro! Hazme el último favor: salva mi nombre y salva mi honor. Tú sabes lo que debo hacer. Quiérello, ordéname para acabar de una vez.

JEAN Es que ahora ya no puedo. No lo comprendo. Como si el uniforme me impidiese mandar. Es el lacayo dentro de mí. Si el conde apareciera y me ordenara costarme el cuello, lo haría sin titubear.

JULIA Mándame entonces, como si tu fueras él. Hace poco podías fingir arrodillarte ante mí. Te creías un caballero. ¿No has visto a los magos en el teatro? El mago dice "coge la escoba" y se coge. Luego dice "barre" y se barre.

JEAN Para eso el otro tiene que estar dormido.

JULIA (EXALTANDOSE.) Yo estoy dormida. El cuarto se ha hecho humo, y tú pareces una humo negro, semejante a un hombre con sombrero de copa. Tus ojos brillan, como la brasa viva, y tu cara es una mancha de ceniza. (EL SOL HA IDO AVANZANDO SOBRE EL PISO Y CUBRE A JUAN.) ¡Es hermoso y tranquilo! (CALIENTA SUS MANOS AL SOL.) ¡Tan claro, y tan quieto!

JEAN (COGE LA NAVAJA Y SE LA ENTREGA.) Coge tu escoba. Ve al establo, donde hay claridad, donde hay luz y... (LE MURMURA ALGUNAS PALABRAS AL OIDO.)

JULIA (COMO DESPERTANDO.) Gracias, gracias. Ahora voy en busca del silencio. Pero antes dime que también los primeros alcanzaran la gracia. Dímelo aunque no lo creas.

JEAN ¿Los primeros? Eso no puedo decirlo. Pero oiga usted, Srta. Julia: Usted ya no es de los primeros, sino de los últimos.

JULIA Es verdad. Soy más baja que los últimos de los últimos. ¡Ay! Pero ahora no puedo moverme. Dime que me vaya una vez más.

JEAN No puedo.

JULIA ¡Y los primeros serán los últimos!



JEAN

No piense usted más, no piense. Me quita las fuerzas y me hace cobarde. Creo que sonó la campana. ¡No! ¿Por qué me asusta tanto una campana? No es sólo una campana. Hay una mano que la mueve y algo más. Y si se tapa los oídos entonces suena más horrible. Sigue sonando hasta que la contesta, y ya es demasiado tarde. Y entonces llega el juez. (SE ESTREMECE Y SE LEVANTA.) Es horrible. Pero no hay otra manera. ¡Vaya usted!

JULIA

(SALE CON PASO RESUELTO.)

F I N

diciembre/1980

gms

Secretario Multidisciplinario J. González  
Departamento de Estudios Interdisciplinarios  
Escuela de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
P.O. Box 1245  
San Juan, P.R.